

VUELVEN A LA CARTUJA DE JEREZ LOS HIJOS DE SAN BRUNO

EL MONASTERIO FUÉ FUNDADO EN EL SIGLO XV
POR EL CABALLERO ALVARO ABERTÓS, PERTE-
NECIENTE A LA CASA ITALIANA DE LOS MORLAS

DURANTE LA EXCLAUSTRACIÓN, LA INCURIA
Y EL ABANDONO TROCARON EN RUÍNAS
LAS PIEZAS MÁS BELLAS DEL EDIFICIO

POR concesión especial del Ministerio de Educación, han re-
tornado a la Cartuja jerezana los hijos de San Bruno. Es
un paso más en la trayectoria de repoblar los viejos monasterios
hispánicos, que ha emprendido la nueva España. Los monjes blancos,
de gran abolengo histórico en nuestra Patria, han vuelto a habitar
el bellissimo edificio, que el famoso caballero Don Alvaro Abertós de
Valetto, oriundo de Italia, aunque nacido en Jerez, mandara edifi-
car, en el siglo xv, en la llanura, estremecida de gozo ante el triunfo
rotundo de los jerezanos sobre el musulmán, en la batalla de Sotillo.

Al calor de la repoblación, cobrarán vida las ruinas artísticas de
la vieja Cartuja, y por sus claustros, sombríos hoy por el tiempo,
resonará de nuevo el pisar grave y acompasado de los hijos de San
Bruno, rígidos y puntuales en la observancia de sus estrechos Es-
tatutos.

La repoblación iniciada por el Ministerio de Educación Nacional,
permitirá legar a las generaciones futuras, no sólo nuestro patrimo-
nio artístico, sino, lo que es más importante, nuestro patrimonio his-
tórico, vinculado en estos viejos edificios a las Ordenes monásticas.

Mansión del Arte y Casa de Oración

Sobre la orilla derecha del río Guadalete, a escasos kilómetros de Jerez, álzase el Convento de los hijos de San Bruno. El Monasterio sufrió las influencias de varios estilos, y en él trabajaron artistas eximios, como Andrés de Rivera, Alonso Cano y Juan de Arce.

Andrés de Rivera modeló, en 1671, la magnífica portada de la iglesia, de traza grecorromana, y en cuyas hornacinas se cobijan algunas estatuas, hoy deterioradas, entre ellas, las del fundador de la Orden y de San Juan Bautista.

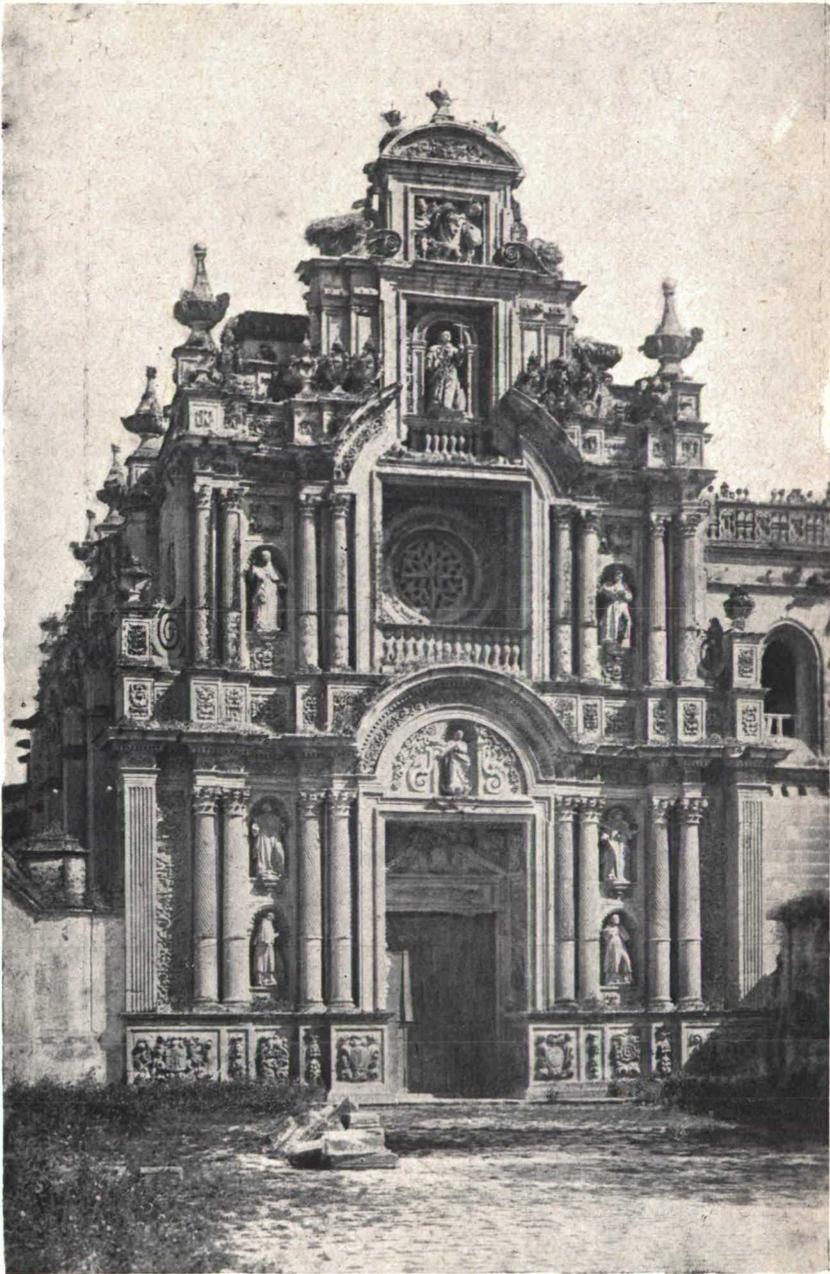
La iglesia, como las de todas las Cartujas, consta de una sola nave, y está dividida en tres compartimentos: el destinado para el público, y los de los legos y profesos. Entre los dos primeros existe una verja de estilo renacimiento, que ostenta, como remate, el escudo del Monasterio de las Cuevas de Sevilla, y fué construída en 1760.

Para nuestra desdicha, desapareció el magnífico retablo, de tres cuerpos, que albergaba lienzos de Zurbarán y tallas de Martínez Montañés. A los pies de las gradas del altar descansa la figura marmórea del caballero Abertós. A la izquierda del altar, se encontraba la sacristía, hoy en ruinas. Aun permanece en pie, aunque muy deteriorada, una parte de las estanterías, donde se guardaban los ternos y capas fluviales.

Entre las piezas más notables del Monasterio, figuraba el refectorio, al que acudían los cartujos en los días de las grandes solemnidades. Cobijaba la estancia una elevada cúpula ojival del siglo xv, y a una de sus paredes, que decoraban notables pinturas, estaba adosado un púlpito de piedra, con finos adornos esculpidos.

Magnífica la portada que comunicaba el coro de legos con el claustro chico, construído con arreglo al más depurado arte ojival, y en el que los arcos centrales están sostenidos por fuertes pilastras, con sus contrafuertes rematados en pináculos, y los de los ángulos, apoyan en finas columnas marmóreas.

La Cartuja jerezana alcanzó singular prestigio. Mansión excelsa del arte, por sus maravillosas estancias era también colmena de oración y de trabajo, de donde los hijos de San Bruno irradiaban aromas de santidad sobre la campiña jerezana.



Maravilloso pórtico de la Cartuja de Jerez, tallado en 1671, por Andrés de Rivera.



Claustro grande de la Cartuja, antes y después de la reconstrucción llevada a cabo por el arquitecto Sr. Hernández Rubio.



Sillería plateresca que los maestros de Sevilla, Jerónimo de Valencia y Cristóbal Voisin, labraron para el coro de monjes profesos de la Cartuja, de donde fué trasladada a la Iglesia de Santiago.



Anfora árabe encontrada por el arquitecto Sr. Hernández Rubio en una de las cubiertas del edificio durante las obras de reconstrucción.

Olvido y abandono

La política desamortizadora, que tapió celdas y cerró conventos, entregó a la piqueta demoledora del tiempo nuestro más bellos monumentos artísticos. Los Cartujos abandonaron su Monasterio de Jerez, y sobre el edificio que mandara edificar el descendiente de los Morlas, cayó el abandono y el olvido de nuestros gobernantes, que sólo refrescaron su memoria para destinarlo a usos bien distintos para el que fué erigido. Manos incultas destruyeron los elementos decorativos de la magnífica portada de la iglesia y rompieron los bellísimos pináculos, remates y aplicaciones de barro esmaltado. Cerráronse para siempre las hojas de la puerta, que hubo de franquearse por un postigo abierto en una de sus hojas. La bóveda, en estado ruinoso, dejaba pasar al interior del templo las aguas llovedizas.

La acción corrosiva del tiempo cebóse en la sacristía, donde incluso llegaron a nacer grandes higueras silvestres, cuyas raíces se introducían por las juntas de los sillares, que destruyeron parte de las fábricas.

El Claustro chico y la Sala Capitular, piezas ambas del más bello arte ojival, ofrecían mutiladas sus bóvedas, que dejaban también pasar el agua de las lluvias.

Detrás de la iglesia, asomaban su ruina el Claustro grande y el cementerio donde yacían mustios los altos cipreses y se desmoronaban los muros de las celdas o cenobios.

Salvóse de la destrucción, por haber sido trasladada a la iglesia de San Miguel y después a la de Santiago, la soberbia sillería plateresca labrada en 1547, por los maestros de Sevilla, Jerónimo de Valencia y Cristóbal Voisin, que formaba el coro de los monjes profesos. En cambio, perdióse la sillería del coro de los legos.

La destrucción paulatina del histórico edificio, excitó el celo de los jerezanos amantes del arte, quienes reiteraron sus quejas al poder público. En septiembre de 1911, el arquitecto D. Francisco Hernández-Rubio elevó al Ministerio de Instrucción Pública proyecto de ejecución de las obras, que se juzgaban de tal urgencia, que, de no

llevarse a cabo inmediatamente, se produciría la destrucción de algunas de las partes de más valor artístico del monumento, en brevísimo plazo. No ocultaba el arquitecto su pesimismo, ante el estado ruinoso de algunas de las piezas del histórico edificio.

El Gobierno atendió la urgente advertencia, y aquel mismo año se iniciaron las obras de reconstrucción, que, si no abarcaron a la totalidad del monumento, sirvieron para detener la total destrucción de la Cartuja. Bajo la mano experta del restaurador, el Monasterio volvía a adquirir la belleza de su antiguo esplendor artístico. La fotografía recoge el aspecto del Claustro grande, antes y después de la reconstrucción. Han desaparecido los tabiques que cegaban los arcos maravillosos, reforzados con tirantes de hierro; se ha extendido nueva cubierta, y, en el patio, han vuelto a florecer los rosales, en torno a los altos cipreses.

Las obras continuaron con ritmo lento. Aún queda mucho por reconstruir en la histórica Cartuja, cuyos claustros pueblan ya hoy las blancas cogullas de la Orden del silencio y de la oración.